

**LA CIUDAD ISLAMICA EN ESPANA Y
ANDALUCIA**

LA CIUDAD ISLÁMICA EN ESPAÑA Y ANDALUCIA *

Introducción

Según VILA VALENTI (1978, p. 147) en la época islámica en España "asistimos a lo que podemos llamar la segunda fase urbana dentro de la Historia peninsular", siendo la primera la romana. De ello se deduce que esta ciudad hispano-musulmana constituya uno de los legados más importantes de la aportación islámica a la geografía peninsular. Y en este sentido podíamos haber integrado el tema en la otra conferencia que impartimos en la Universidad de El Cairo, titulada precisamente "La influencia islámica en la geografía de España y Andalucía". No obstante se ha pergeñado el susodicho tema como objeto de una conferencia específica a causa de su amplia extensión y múltiples implicaciones.

Por otra parte, el desarrollo de esta conferencia comprenderá tres apartados: importancia de la ciudad islámica española y especialmente la andaluza; análisis de la estructura y significado de la Córdoba califal del siglo X, paradigma preclaro del esplendor urbano musulmán en España; y principales aportaciones de las ciudades hispano-musulmanas al urbanismo español.

IMPORTANCIA DE LA CIUDAD HISPANOMUSULMANA

Ciudades de nueva fundación

Por TORRES BALBAS (1985, pp. 50 y ss.), estudioso sin par de las ciudades hispano-musulmanas y al que seguimos esencialmente en este epígrafe, sabemos que son 22 las ciudades fundadas ex novo por los musulmanes en la Península, de las que inserta datos sobre su origen, descripción de su solar, brevisima historia de sus vicisitudes, rápida noticia de sus restos monumentales -cuando existen-, trazado de la cerca islámica, su extensión extramuros. He aquí cuáles fueron estas ciudades de nueva creación:

- 1 Calatayud (Qal'al-Ayyub).
- 2 Calatrava la Vieja (Qal'at Rabah), hoy desaparecida.
- 3 Qanat Amir, al poniente de Córdoba, de la que poco sabe y nada subsiste.

* Este texto es el contenido de una conferencia impartida en las Universidades egipcias de El Cairo, Al-Ain y Alejandría, en febrero de 1989.

4 **Ibira**, situada al pie de Sierra Elvira, cerca de Granada y de la que no queda vestigio alguno visible.

5 **Uclés** (Uglis), quizá en Toledo y que no tuvo mayor importancia.

6 **Tudela** (Tutifa).

7 **Murcia** (Mursiya).

8 **Ubeda** (Ubbadat al-'Arab).

9 **Talamanca** (Talamanka). En la pequeña aldea actual del mismo nombre no queda resto alguno de su pasado islámico. Sabemos que estaba al sur de la Sierra de Guadarrama, emplazada junto al Jarama y por todo ello quizá en la región de Toledo.

10 **Madrid** (Magrit). El público en general no sabe que la que hoy es capital de España tiene un origen musulmán. Pero, en efecto, fue fundada por los árabes, en concreto por Muhammad I, en el siglo IX, y su paso a manos cristianas fue consecuencia de la conquista de Toledo por Alfonso VI.

El Madrid islámico ocupaba el extremo occidental de una elevada meseta cortada casi a pico sobre la orilla derecha del río Manzanares. Este emplazamiento defensivo obedece a que una razón militar motivó su fundación: la protección del valle del Tago contra las expediciones militares de los cristianos del norte que cruzaban la Sierra de Guadarrama.

La Almudayna (la Ciudadela) de este Madrid islámico se extendía por unas ocho hectáreas y el recinto medieval, que autorizados eruditos creen de trazado islámico, alrededor de treinta y cinco hectáreas.

11 **Lérida** (Lárida).

12 **Badajoz** (Batalgaws).

13 **Madinat al-Fath** fue ciudad militar cercana a Toledo, aunque ignórase su emplazamiento concreto.

14 **Madinat al-Zahra** fue esplendorosa ciudad áulica al oeste de Córdoba, de la que quedan la cerca y muchas ruinas.

15 **Sektan** fue fundada en el siglo X y nada se dice en los documentos sobre su situación.

16 **Medinaceli** (Madinat Salim).

17 **Almería** (Al-Mariyyat).

18 **Ciudad sin nombre** en la región de Toledo.

19 **Madinat Al-Zuhira** fue también ciudad regia fundada por Alman-

zor. Su destrucción fue tan completa que no quedó eco de su nombre en la tradición local, ni recuerdo del lugar que ocupó. Tan sólo se sabe que estaba al oriente y próxima a Córdoba y en la orilla derecha del Guadalquivir, junto a uno de sus meandros.

20 Cíbraltar (Yabal Tariq). Ocupaba la parte más septentrional de su solar de hoy, es decir, la situada junto al tajo que limita el Penón al norte, con la alcazaba en el lugar más alto.

21 Aznalfarache (Hisn al-faraġ).

22 Algecira la Nueva (Al-Buniyya).

A la vista de este número de ciudades de nueva fundación islámica y de los sucintos datos sobre ellas insertados cabe hacer algunas observaciones significativas -creemos- a nuestros efectos:

Primero: Las ciudades reseñadas por su número y parcial importancia no son despreciables para calibrar el gran significado de la red urbana hispana en época musulmana y especialmente de la andaluza y para calibrar también la influencia del legado urbano islámico en la ciudad española actual. Obsérvese que su número total -22- es digno de consideración, que cinco de estas ciudades -Murcia, Madrid, Lérida, Badajoz y Almería-, son hoy importantes ciudades capitales de provincia, que siete -Calatayud, Tudela, Ubeda, Medinaceli, Gibraltar, Aznalfarache y Algeciras- han dado lugar a importantes pueblos o ciudades de tamaño medio, y que ocho de las ciudades fundadas por los musulmanes se encontraban en Andalucía.

Segundo: No obstante se aminorar la significación de dichas ciudades islámicas si se considera que diez de ellas o han desaparecido o no se conoce siquiera su situación o en algún caso incluso ni se tiene conocimiento de su nombre. La causa de esta ruina o preterición casi siempre obedece a su condición de ciudades regias o áulicas, o ciudades de asedio que como se expone a continuación con frecuencia les imponen un carácter esporádico. Así con respecto a las primeras -entre las que se encontraban Madinat la-Zahra y Madinat al-Zahira- fueron fundadas por monarcas, grandes señores o suplantadores del poder de los primeros, para su residencia o la de su corte, y de ellas dice TORRES BALBAS (1985, pp. 52-53), lo que sigue:

“La existencia de ciudades áulicas y oficiales, independientes de las an-

tiguas capitales, es un hecho constante en el Islam, lo mismo en el oriental que en el occidental. Las fundaban los monarcas algo alejadas como residencias de lujo, lugares a los que evadirse para vivir apartados de las molestias continuas de la gobernación, de la vigilancia de las muchedumbres urbanas siempre turbulentas, así como de los movimientos populares. En ellas disfrutaban de mayor independencia y reposo que en los alcázares situados en el interior de las ciudades populosas.

Alrededor de la residencia regia a la sombra de los nuevos palacios, formábase un núcleo urbano señorial frente al viejo, abandonado más o menos temporalmente por el soberano. La pugna entre los habitantes de ambos era constante y el final de la ciudad áulica, de fundación caprichosa, solía ser su saqueo y destrucción por la plebe de la ciudad vieja".

Bastantes también de las ciudades hispano-musulmanas desaparecidas lo fueron por su condición de ciudades de asedio, a las que por razones diferentes que a las áulicas, cupo en suerte también la ruina, como ualmente nos dice el mismo autor citado (1985, pp. 53-54):

"Aparte de las ciudades creadas por necesidades militares como lo fueron bastantes de las resenadas, hay otro tipo, las de asedio, campamentos con mayor carácter de solidez y permanencia que el acostumbrado y que respondían a fines idénticos pero temporales y limitados... Además de levantarse para combatir una ciudad sitiada y protegerse contra las reacciones de sus defensores mostraban a éstos -y ése era en muchos casos su fin primordial- la voluntad decidida de prolongar indefinidamente el asedio hasta la rendición".

Tercero: Las principales ciudades hispano-musulmanas -Córdoba, Sevilla, Granada, Almería, Zaragoza, Toledo, Valencia, etc.- no son ciudades creadas ex novo por los musulmanes, sino que muchas de ellas tienen origen romano -o incluso prerromano, y pese a la crisis urbana de Bajo Imperio y Alta Edad Media -periodo visigodo- subsistieron hasta la invasión musulmana.

En conclusión, pues, las ciudades de nueva creación no son despreciables para constatar la importancia de la ciudad islámica española, pero sí insuficientes, debiendo a tal fin allegar otras pruebas, que son las que se pergenan a continuación.

Otras razones que prueban la importancia de la ciudad islámica en España.

Es la primera que Al-andalus, y sobre todo Andalucía, en determinados momentos del período musulmán español, tienen ciudades de las más importantes de Europa, e incluso en algunos casos significativos a escala mundial. Piénsese en Córdoba, Sevilla, Almería y Granada. Esta eseseveración constituye un tópico histórico tan evidente que no requiere mayor explicación.

Por otra parte, las importantes ciudades hispano-musulmanas de origen romano experimentan una notable progresión en relación con su primitiva extensión:

"Comparadas las 60 has. de Tarragona, las 54 de Carmona y Zara las 34 de Lugo, con la extensión intramuros de las mayores ciudades de Al-Andalus, a fines del siglo XI y en los primeros del XII, las 187 has. de Sevilla, las 182 de la parte murada de Córdoba, las 105 de Toledo, las 90 de Mallorca, las 79 de Almería y las 75 de Granada, superficies a las que deberían agregarse para casi todas la desconocida de uno o más arrabales, dedúcese que las ciudades hispano-musulmanas eran bastantes más extensas que las de la precedente época imperial romana en los primeros siglos de nuestra era" (TORRES BALBAS, 1985, pp. 20-21).

Sin contar que el recinto murado almohade de Sevilla era de 287 has., poco menor el de Córdoba, y que a ésta para la época califal de máximo esplendor, como veremos, se le asigna una extensión de 5.000 has. Por lo tanto, la importancia de las ciudades islámicas españolas no sólo se evidencia por su número mayor o menor, sino también por la extensión de sus solares y la progresión indudable que experimentan en relación con la época romana.

A su vez, esta importancia se deduce de las descripciones de geógrafos y viajeros, que precisamente a causa de su concepción geográfica, pero también a causa de la aludida importancia, articulan sus exposiciones en base a las ciudades-región existentes en los territorios que presentan, comprendiendo aquéllas, no obstante, no sólo las descripciones urbanas sino también los aspectos naturales, agrarios, etc. de su área de influencia o alfoz. Este mundo urbano, sin embargo, no fue uniforme a lo largo de los ocho siglos de dominación musulmana en España. De aquí que haya que dividirlo en distintos períodos relativamente homogéneos.

La importancia de las ciudades hispano-musulmanas según geógrafos, historiadores y viajeros

1 - Hasta la disolución del Califato cordobés.

No hay muchas noticias de las ciudades de Al-Andalus en el siglo VIII, y en los dos siguientes (incluido el X que es al que corresponde el esplendor califal) y apenas si podemos seguir tan sólo la evolución de Córdoba capital que después abordaremos.

Pese a esta parquedad de noticias, el geógrafo persa Al-Istagrí, en su **Libro de los caminos y de los reinados**, afirma que existían en la España musulmana muchas ciudades vastas y populosas, de las que menciona dieciocho, con orígenes anteriores a la conquista islámica.

Al-Razi, a su vez, enumera treinta y seis villas y ciudades, entre las que destacan: Toledo, Sevilla, Tortosa, Almería, Córdoba, Valencia, Almadén, Zaragoza, Almonécar, Baeza, Niebla, Elvira y Málaga.

Ibn Hawqal alude también a múltiples ciudades notables por sus abundantes cosechas, comercio, cultura, viñas, mercados, fuentes, banos, tiendas y hermosas mezquitas.

2 - Las ciudades en los reinos de taifas.

Parece que los disturbios del periodo y la fragmentación de la España islámica que siguió al Califato, con diminutas cortes y reinos, deberían de haber producido decadencia en la vida urbana. Y ello parece cierto para Córdoba, pero para las restantes ciudades, si pasaron por momentos de decrepitud o estancamiento en su desarrollo urbano, debieron ser breves. Los disturbios no interrumpieron la circulación de mercancías, ni la propagación de la moda, ni el intercambio de ideas, ni el comercio, etc.

El pululamiento de pequeñas cortes favoreció la extensión y el desarrollo urbanos. Ello es patente en los recintos del siglo XI de Granada, Mallorca, Almería, Toledo, Zaragoza, Valencia y Málaga, todas ellas cortes de reinos de taifas. E impresionante en el periodo es la expansión de Almería, capital de un pequeño reino que se extendía por una tierra pobre, escabrosa y árida. Y digno de notarse es también que la prosperidad no solo alcanzó a las ciudades andaluzas y levantinas, en general con fértiles vegas y emplazamientos favorables, sino que afectó también a otras del interior, castellanas o aragonesas, como Zaragoza, Tudela, Toledo, Barbastro, etc.

3 . Las ciudades durante la época almorávide.

Pese a la ruptura política, cultural y religiosa que supone esta invasión, continúa en Al-Andalus la floreciente y refinada civilización urbana anterior, que sorprendió mucho a los bereberes almorávides.

Idrisi, geógrafo de la época, clasifica sus ciudades en grandes, medianas y pequeñas, aunque de muchas no dice su importancia. Considera grandes: Toledo, Sevilla, Almería, Valencia, Zaragoza, Mallorca, Talavera, Trujillo, Evora (en Portugal), Carmona y Calceña; medianas: Zurita, Uclés, Huete, Chinchilla, Al-Qasr (Alcocer de la Sal), Santa María de Algarbe, Almunecar, Guadix, Lorca y Burriana y pequeñas: Lérida, Daroca, Cuenca, Madrid, Ubeda, Priego, Tarifa, Marbella e Ibiza.

Pero entre todas estas ciudades en época almohade sobresalen Sevilla y Málaga, populosas, plétoricas de vida y con intensa actividad comercial e industrial. Y no disminuyó tampoco la importancia de Almería, el gran puerto almorávide del comercio con Oriente.

4 . Las ciudades durante la época almohade.

Tampoco se interrumpe el esplendor urbano en la época de estos otros invasores norteafricanos de forma que hay noticias abundantes sobre la prosperidad y aumento de Sevilla que es en este momento cuando alcanza su cénit.

Por otra parte, el cordobés Al-Saqundi escribió didácticamente sobre algunas de las ciudades más importantes de entonces, a saber: Sevilla, Córdoba, Jaén, Granada, Málaga, Almería, Murcia, Valencia y Mallorca.

5 . Las ciudades del reino granadino.

El engrandecimiento de Granada comenzó en el siglo XI y avanzó y culminó al convertirse en capital del reino nazarí con la fuerte emigración de musulmanes procedentes de los extensos territorios conquistados por los cristianos durante el siglo XIII en el Valle del Guadalquivir y resto de Andalucía. Porque este reino nazarí queda acantonado en las actuales provincias de Granada, Almería, Almería Málaga, ocupando sobre todo el terreno escabroso y áspero de la cordillera Bética. Pese a eso la Granada nazarí puede rivalizar entonces en su esplendor económico, cultural y artístico con las más importantes ciudades islámicas que habían existido durante la dominación musulmana española, subsistiendo como tal hasta

su conquista en 1492 por los Reyes Católicos. BOSQUE MAUREL (1952, 58-81) ha estudiado geográficamente esta Granada nazarí.

Junto con ella, Málaga era entonces un gran emporio mercantil, y no así Almería cuya decadencia es evidente al tener que soportar terribles epidemias y al convertirse en refugio de piratas.

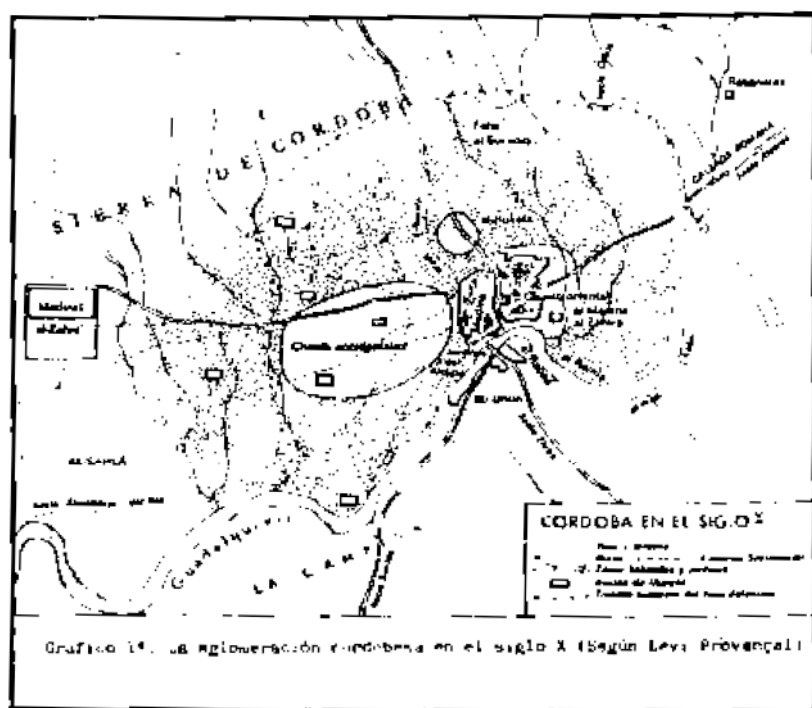
Para la síntesis expuesta sobre la evolución urbana del Al-Andalus medieval, vid. especialmente la obra citada de TORRES BALBAS (1985, pp. 77-91).

LA CORDOBA CALIFAL

La extensión y los efectivos demográficos

Los historiadores que se han ocupado de la extensión de la Córdoba califal acostumbran a citar una larga serie de autores árabes, que a veces en total desacuerdo unos con otros y a veces con característica imaginación oriental, asignan a Córdoba una superficie inconcebible. LEVI-PROVENCAL ha sometido a una crítica juiciosa tales noticias y ofrece un plano de la Córdoba del siglo X (Gráfico 1^o), según el cual, los límites de la ciudad (incluido el espacio ruralurbano que rodeaba a la Madina y arrabales) eran al oeste Madina Al-Zahara, al este el Arroyo de Rabanales, al sur el Guadalquivir y al norte una línea circular más imprecisa que en los puntos más alejados estaría como mínimo a cuatro o cinco kilómetros de la actual línea férrea de Madrid. Lo cual supone que de este a oeste Córdoba tenía como mínimo once kilómetros de longitud y de norte a sur, la distancia, más variable a causa del curso meandrizante del Guadalquivir que la limitaba por el sur, en su parte más estrecha era como mínimo de cinco kilómetros.

Ibn Al-Jatib asegura que el foso de defensa que fue cavado alrededor de Córdoba en el siglo, XI, y que en todos sus lados LEVI-PROVENCAL supone que seguía los límites fijados en el Gráfico 1^o tenía una longitud de 47.500 codos, lo que hechas las oportunas reducciones supone un arco de círculo -el lado sur del Guadalquivir no se incluye- de 20 kilómetros y 500 metros, cosa no improbable según el historiador que seguimos. En suma, que la superficie estimada de la Córdoba califal podría ser de 5000 hectáreas (LEVI-PROVENCAL, 1953, pp. 350-352).



Evidentemente la superficie de la Córdoba de entonces, sin comparación era mucho mayor que la de la Córdoba amurallada cristiana que quedó fosilizada hasta el siglo XIX y cuyo perímetro en este siglo era de 8.759 varas castellanas, sea 7.355 metros (CASAS-DEZA, 1857, p. 49) debiendo tener en cuenta a efectos de la comparación, como hemos dicho, que en los 20 kilómetros quedaba excluido el lado sur que por más sinuoso era el más largo de toda la ciudad, y que en la medida del siglo XIII sí que se incluye éste. En cuanto a superficie LEVI-PROVENCAL calcula que la Córdoba califal era ocho veces mayor que la actual, en el momento de escribir su obra -antes de la expansión de los años cincuenta- y quizá el cálculo peque por defecto. Pues ESCRIBANO UCCELAY (1955, p. 151) al asignar 400 hectáreas a la Córdoba de principios de la década de los sesenta está haciendo a la ciudad del siglo X doce veces más extensa.

Esta gran expansión de la Córdoba del siglo X que correspondió sobre todo a los reinados de Abd al-Rahman II y Al-Hakam II fue poco duradera y su decadencia tan rápida que en 1067-68 escribe Al-Bakri "que las revueltas prolongadas hasta entonces habían borrado las huellas de los arrabales cordobeses y suprimido toda huella de explotación agrícola en esta región, desierta casi totalmente por el alistamiento de sus habitantes".

Los almorávides a su vez, en la primera mitad del siglo XII construyeron en Córdoba una muralla de tapial, encerrando un arrabal grande, mayor que la Madina, que por su situación al este llamóse Al-Sarqilyya de donde procede la ulterior Ajarula (TORRES BALBAS, 1953, pp. 155-155).

Con estos datos, puede comprenderse perfectamente que Edrisi a mediados del siglo XII dijera "que la villa se extiende en longitud desde oriente a occidente sobre un espacio de tres millas -algo más de cuatro kilómetros-. En cuanto a su anchura, desde la puerta del fuerte hasta la de los judíos, situada al norte es de una milla" -1.420 metros-. "En la época que escribimos la presente obra, sigue diciendo, la villa de Córdoba ha sido destruida por la discordia; los rigores de la fortuna han cambiado su situación, y sus habitantes han experimentado grandes desgracias, de suerte que su población actual es poco considerable".

Probablemente en tan poco tiempo, Córdoba quedó reducida a límites muy próximos a los que tenía en el momento de la conquista cristiana. Por tanto, bien en esta fecha, bien después, incluso con posterioridad a la Reconquista, por el testimonio concordante de la historia y de la ar-

queología "no hay ninguna duda sobre la desaparición completa de zonas enteras de la aglomeración califal situadas al norte, este y sobre todo al oeste de la ciudad actual (LEVI-PROVENCAL, 1953, p. 359). Tal merma ni siquiera ha sido compensada con la expansión de Córdoba en los años sesenta y setenta. Quizá en el momento actual, la ciudad ha alcanzado el límite norte del siglo X con la zona residencial del Brillante y la Sierra a base como entonces de poblamiento disperso, y sobrepasa a aquélla por el sur con los Barrios del Campo de la Verdad y del Sector Sur, pero desde luego por el oeste y por el este se encuentra todavía muy distante, respectivamente de Madina Al-Zhara e incluso del Arroyo de Cantarranas y del Arroyo de Rabanales.

Qué población tenía la Córdoba califal? Al-Makkari ha agrupado un cierto número de datos estadísticos que a primera vista parecen desmesurados, pese a la extensión considerable de la capital al final del siglo X. Y eso que se los atribuye a dos escritores Ibn-haiyan y Ibn-Bakri "que no tienen la costumbre de exagerar". El primero de estos últimos da la cifra de 1.500 mezquitas, que el segundo reduce a 470. Al-Bakri añade que un censo de inmuebles ordenado por Al-Mansur dió los siguientes resultados: 213.077 casas ocupadas por la plebe y la clase media; 60.300 por los altos funcionarios y la aristocracia; 80455 tiendas; y todo ello sin contar las habitaciones altas dadas en alquiler, las termas y las posadas (LEVI-PROVENCAL, 1953, p. 352).

De tales datos es de donde todos los autores han sacado la conclusión de que Córdoba tendría alrededor de un millón de habitantes, cifra que la crítica histórica actual unánimemente considera como desmesurada. Y a su vez como demasiado exigua se considera la dada por TORRES BALBAS de 100.000 habitantes. Quizá en los 500.000 habitantes que sugiere G. DE VALDEAVELLANO, aunque él siga creyendo que en dicha cantidad continúa habiendo "notoria exageración" (G. DE VALDEAVELLANO, 1953, p. 155), puede estar la solución media aceptable. Desde luego espacio suficiente ocupaba la ciudad para albergar tal población, pero lo que ocurre es que tenía una estructura urbana muy especial, que puede llamar a engano, y que analizaremos después.

La estructura económica.

Si los efectivos demográficos de Córdoba fueron de la magnitud a que hemos aludido, es exigencia preguntarse cómo y de qué vivía aquella

población. Pero las noticias que hasta ahora nos han facilitado los historiadores sobre el tema son bastante escasas. No obstante al socaire de las mismas y de la significación política de la urbe, cabe sugerir algo sobre su actividad económica.

Como correlato de su capitalidad político-religiosa y derivándose de la concepción misma, teocrática, del Estado que ella articulaba, Córdoba desempeñaba unas claras funciones religiosas, político-administrativa, militar e intelectual y artística. En el primer aspecto el religioso, a partir del momento en que Abd-al-Rahman III rompe todo vínculo religioso con el Oriente islámico y se hace llamar "Califa" y "Príncipe de los Creyentes" es cuando Córdoba alcanza la plenitud de significado para todo Al-Andalus. La grandiosidad de la Mezquita-Aljama y las muchísimas de barrio que sabemos existían ilustran sobre cuanto decimos.

Por otra parte, por la condición de capital político-administrativa, Córdoba se convierte en una ciudad que, sobre todo con Abd-al-Rahman III, recibe constantemente embajadas de todos los reinos hispanos, de muchos europeos y del Oriente y que albergaba a miles de funcionarios que servían a la para entonces perfecta máquina burocrática califal.

Pero como la situación peninsular era de crónica guerra entre los habitantes que representaba la urbe y los reinos cristianos, Córdoba es también indiscutible centro militar donde se tomaban las decisiones bélicas que afectaban a toda la Península y al norte de África y donde se concentraban y de donde partían las expediciones guerreras estivales.

No obstante, al amparo sobre todo de los periodos de paz, Córdoba desempeñó una función intelectual, fomentada sobre todo por Al-Hakam II, que reunió una magnífica biblioteca de 400.000 volúmenes, y cuyo ejemplo era imitado por la aristocracia y los sabios cordobeses, quienes rivalizaban en la adquisición de libros y formaban ricas bibliotecas particulares. La necesidad de satisfacer las demandas de los bibliófilos hizo de Córdoba el mayor mercado de libros del Occidente musulmán, en el que los ejemplares raros se vendían en pública subasta a precios muy elevados e innumerables escribas, muchos de ellos mujeres, vivían de copiar y recopiar manuscritos para los amantes de los libros (G. DE VALDEAVELLANO, 1953, pp. 155). Sabios de todas las ramas del saber entonces conocidas tuvieron aquí su asiento, lo mismo que arquitectos y artistas que construyeron los suntuosos edificios de la época, muchos de

aquéllos traídos de Oriente para impartir sus enseñanzas y realizar sus tareas.

Evidentemente, estas actividades confirieron una cierta base económica a la Córdoba musulmana, pero cabe y debe uno interrogarse sobre otras actividades más directamente productivas. Parece que el territorio cordobés, así, como todo Al-Andalus, siguen fundamentado su producción agrícola en la trilogía mediterránea -trigo, olivo y vid- como en época romana (referencia en los textos a la Campina cordobesa como gran productora de cereal, importancia del olivo en Baena y Cabra, significados viñedos al norte de la ciudad como luego se encontraría Fernando III, pero también en la Campina con una variedad llamada precisamente *qanbani* o campinesa) si bien es importante la transformación introducida ahora en arboricultura y horticultura. De ella también participa Córdoba pues al decir de Al-Razi "estaba rodeada de bellos huertos cuyos árboles penden sobre ella y dan frutos sabrosos".

Pero Córdoba era muy populosa, por lo que pese a sus abundancias, tan prestamente resaltadas por los cronistas y a sus molinos harineros en el Guadalquivir, parece que fue deficitaria en cereal, como todo Al-Andalus, por lo que hubo que recurrir a importaciones norteafricanas.¹ Y aún así, los cronistas "proporcionan noticias acerca de las frecuentes crisis de subsistencia ocurridas (sobre todo en la gigantesca Córdoba) a lo largo del siglo X: 915, 925-27, 929-30, 30, 935-35, 941-42, 944, 954, 973..." (SANCHEZ MARTINEZ, 1980, p. 308).

Y por último, Córdoba era un gran centro comercial y artesanal. Dos textos de historiadores pueden ilustrar sobre la vida comercial y artesanal interna y sobre su comercio exterior. En el primer aspecto dice SANCHEZ MARTINEZ (1980, p. 350) "la *Risala* de Ibn'Abd al-Ra'uf, y oficios, permite conocer parte de la actividad económica de los zocos cordobeses. El comercio de la alimentación estaba ampliamente representado por los corredores de cereal, panaderos, horneros, lecheros, carniceros, pescadores, vendedores de higos, freidores de pescado y bunoleros, cocineros y vendedores de *harisa* (especie de puré de carne picada y cereales); entre las actividades relacionadas con el vestido encontramos hiladores de lino, tejedores, tintoreros, paneros, alcorqueros, pelteros, curtidores y blanqueadores de ropa; se habla asimismo de los mercaderes de especias y perfumes (áloes, betel, alhena, azafrán, almizcle), agrupados

en el zoco de los "drogueros", junto a la puerta del mismo nombre; y, por fin, la *Risala* se ocupa de médicos, alfareros, albañiles, vendedores de remedios... y de (la) corte de los milagros formada por prestidigitadores, acróbatas, narradores y zejeleros.. "

Respecto al comercio exterior esta era la situación: "Córdoba es en el siglo X el foco de un activo comercio de exportación e importación que fluye en un ir y venir constante de mercaderes y mercancías, que por vía marítima llegaban a Al-Andalus desde Oriente por el puerto de Pechina, o que salían hacia el Magrib, Egipto y los reinos cristianos; y en los mercados de la capital cordobesa se comerciaba no sólo en granos y en productos alimenticios para el abastecimiento local, sino en libros y en pergaminos, en armas toledanas y en alfombras, tapices, sedas y cerámica; en objetos de lujo y en mercancías exóticas, en eunucos, "esclavos" y en bellas esclavas vasconas, gallegas u orientales" (G. DE VALDEAVELLANO, 1953, p. 155).

En suma, una ciudad de funcionarios, sabios, escritores, artistas, comerciantes, esclavos y criados, aunque eran también abundantes los artesanos. Como diríamos con lenguaje actual con una inflación muy notable del sector terciario, rasgo que por avatares históricos, sigue desgraciadamente conservando en la actualidad. Aunque en cualquier caso es difícil de comprender en su estructura económica, sobre todo con el "cliché" de la actual ciudad europea, si es que fue tan populosa como se cree.

Estructura urbana de la Córdoba Califal

En su momento de máximo esplendor, la gran urbe cordobesa se articula, como puede verse en el Gráfico 1, a base de cuatro grandes conjuntos de edificaciones separadas entre sí y situadas a la derecha del Guadalquivir, un pequeño conjunto allende el río -arrabal de Saquanda-, una serie de espacios libres entre los cuatro primeros ocupados por vías de comunicación, cementerios, etc. y un contorno ruralbano, de poblamiento disperso y espacios libres intermedios de distinta funcionalidad. Veamos cada una de estas células urbanas.

Los cuatro grandes sectores de edificaciones (Gráficos 1 y 1- se pueden denominar Madina, Barrios del Este o Ajarquia, Barrios Occidentales y barrios del Norte. Dichos sectores se subdividían en una serie

de arrabales (rahad), relativamente autónomos y apenas coordinados entre sí que según los diversos autores eran 20, 21 o 28. La denominación y exacta localización de estos arrabales es harto problemática.

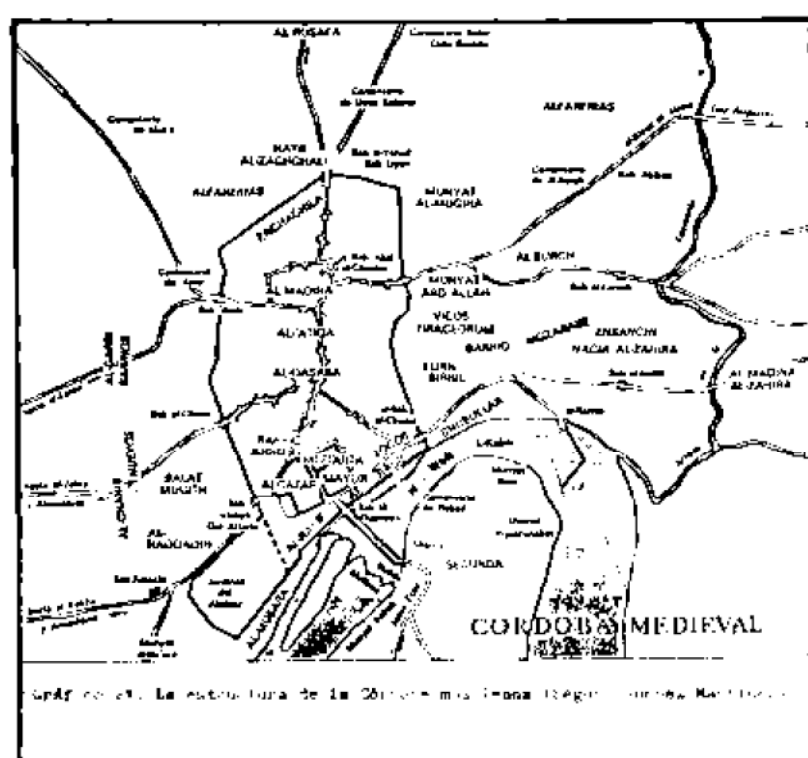
La Madina constituía la ciudad amurallada, de forma bastante parecida a la de un paralelogramo regular y con perímetro aproximado de 3.500 a 4.000 metros. Se asentaba en un espacio sensiblemente parecido al que ocuparía la ciudad romana en la época imperial. También las murallas en un principio serían las romanas mismas aunque en época musulmana sufrieron varias reconstrucciones, que no obstante no debieron modificar esencialmente su trazado.

Esta Madina, según la descripción de los autores árabes, tenía siete puertas que OCANA JIMENEZ (1935, pp. 143-151) localiza con gran verosimilitud. Su trazado callejero era genuinamente islámico, o sea, sinuoso y laberíntico, por lo que no parece tener relación con las manzanas regulares de estilo romano. Parece, no obstante, que estaba surcada por dos grandes vías, norte-sur y este-oeste, que muy bien pudieron respetar las grandes direcciones fijadas en la ciudad romana.

Albergaba, por otra parte, la Madina los edificios públicos, religiosos y civiles, entre los que destacaban la gran Mezquita-Aljama que hoy conocemos y el Alcázar Califal frontero a aquélla, muchas otras mezquitas, banos, casas de los principales magnates, etc.

La Ajarquía o sector oriental de la ciudad estaba separado de la Madina por una cierta extensión que se impedía repoblar. Parece que en época califal no estaba amurallada, y que las murallas son todas del siglo XI o XII y fueron hechas de argamasa mientras que las de la Madina eran de cantería. Tradicionalmente se le han asignado seis arrabales. Aunque amurallada, en el momento de la conquista cristiana en buena medida estaba despoblada y destruida.

Los arrabales del oeste constituyeron el mayor de los conjuntos de la urbe, pero la totalidad de sus edificaciones desaparecieron al fin del califato. Por ello este sector no tiene interés alguno para la posterior evolución urbana de Córdoba y los nueve arrabales que se le asignan son todos de localización muy insegura o totalmente desconocida.



Los arrabales del norte se dice que eran tres y que entre ellos no existía continuidad espacial.

Por último el contorno rururbano de la Córdoba Califal era un continuo de gran superficie que se encontraba fuera de las zonas de edificación resenadas y estaba ocupado por un poblamiento disperso abigarrado alternando con espacios agrícolas y recintos destinados a algunos servicios públicos, destacando entre todos ellos los siguientes conceptos:

- Cementerios, que no siempre estaban fuera de los núcleos construidos, pero que los más importantes sí que se localizaban a cierta distancia de tales sectores.

- Almazaras, que eran lugares sin edificar, generalmente cercados y que servían para celebrar paradas militares y otros actos públicos.

- Lugares públicos de recreo, parques o paseos que se dirían hoy, y que también se utilizaban como lugar de concentración de las tropas antes de las expediciones militares.

- Monasterios o iglesias cristianas de mozárabes con localización preferente aunque no exclusiva en la Sierra Morena o en la falda de la misma.

- alcázares y palacios reales de recreo, de los que se recuerdan especialmente por su grandiosidad: Al-Rusafa, Madina Al-Zahra, Madina Al-Zohra y Al-Amra.

- Munias o maniones de recreo pertenecientes a la aristocracia cordobesa que eran innumerables.

Y, por último, edificaciones más modestas, casas de campo o huertas, pertenecientes a ciudadanos no relevantes socialmente.

En todo el análisis precedente sobre la Córdoba Califal vid. especialmente LOPEZ ONTIVEROS, 1981, pp. 85-98, debiendo añadirse a los autores que se citan, los siguientes para "La estructura de la Córdoba Califal": LEVI PROVENÇAL, 1953, pp. 370 y ss., TORRES BALBAS en diversas obras, y CASTEJON, 1929.

LA HERENCIA URBANA DE LAS CIUDADES HISPANO-MUSULMANAS

La singladura esplendorosa de las ciudades hispano-musulmanas, la per.

sistencia temporal de las mismas durante ocho siglos y el carácter muy específico de este urbanismo han definido un legado aun presente en muchas ciudades españolas y sobre todo andaluzas que podemos concretar en los siguientes aspectos:

I El espacio urbano de los actuales cascos históricos constituye las señas de identidad de buena parte de las antiguas ciudades españolas ya que las actuales expansiones periféricas, transidas de uniformismo banal, carecen de personalidad. Y esos cascos históricos, pese a sus modificaciones recientes, se forjaron en épocas pasadas. Así expresa GUTKIND (1957, p. 289) este hecho del urbanismo español:

“El período barroco terminó la era creativa del desarrollo de la ciudad española. Desde la primera mitad del siglo XIX en adelante, España siguió la tendencia general de lo que entonces se comprendía como planeamiento de la ciudad... en modo alguno diferente al de otros países. El culto a la calle, el incremento de tráfico, la estulticia insignificante de las fachadas uniformes, la manía Haismann por los modelos en tablero, los slums de las grandes urbes, los efectos inhumanos de la industrialización... todos estos fueron subproductos destructivos de la edad emergente de la ciencia y la tecnología. Ellos hicieron un pequeño número de ciudades mayores y más industrializadas pero no mejores moradas para vivir, e incrementaron el abandono de la vasta mayoría de las pequeñas ciudades que las degradaron hasta el estancamiento”.

Como, por otra parte, muchas de las ciudades tradicionales españolas hablan conservado su esencial estructura islámica, de urbanismo tan distinto, es ella la que impregna estos cascos históricos como el mismo autor (pp. 445 y ss.) exalta para algunas de las andaluzas y en concreto Córdoba.

“Algo de esta gloria pasada ha sobrevivido, aunque solo sea latente y transmutadamente en la atmósfera de muchas calles alrededor de la Mezquita de Córdoba. Estos ‘callejones’ y ‘callejoncitos’ un legado directo de los tiempos moros, han retenido el antiguo encanto de la intimidad. Ellos están hechos para el trato social espontáneo y duradero. Cada recodo, cada rincón alumbra nuevas vistas cambiantes en perfil y color como un caleidoscopio. El gris del pavimento empedrado, el blanco de las casas planas, los colores de las flores que cuelgan de los balcones o que en sus macetas motean la fachada, las vistas hacia los patios, las rejas de las ven-

tanías, las plazuelas, recoletas crean una armonía en la diversidad y un sentimiento instintivo de la belleza, que está muy distante del ruido y bullicio de nuestro tiempo. Es un mundo, un pequeño mundo como de cuento de hadas, que pone juntas una multiplicidad de pequeñas unidades espaciales y que las mantiene juntas por el flujo continuo de edificios encajantes y su escala adecuada en general y en detalle.”

2 Mas en concreto en estos cascos históricos de muchas ciudades españolas de antecedentes islámicos hay sectores cuya esencial estructura «callejera y manzanas» no ha cambiado de manera significativa, pese a modificaciones parciales, importantes, que aquélla ha podido experimentar a partir del siglo XVI y sobre todo en los siglos XIX y XX. A título de ejemplo, observese el Gráfico 3 de la Madina cordobesa actual; constátese que son bien visibles los siguientes hechos que prueban, creemos, esta perennidad.

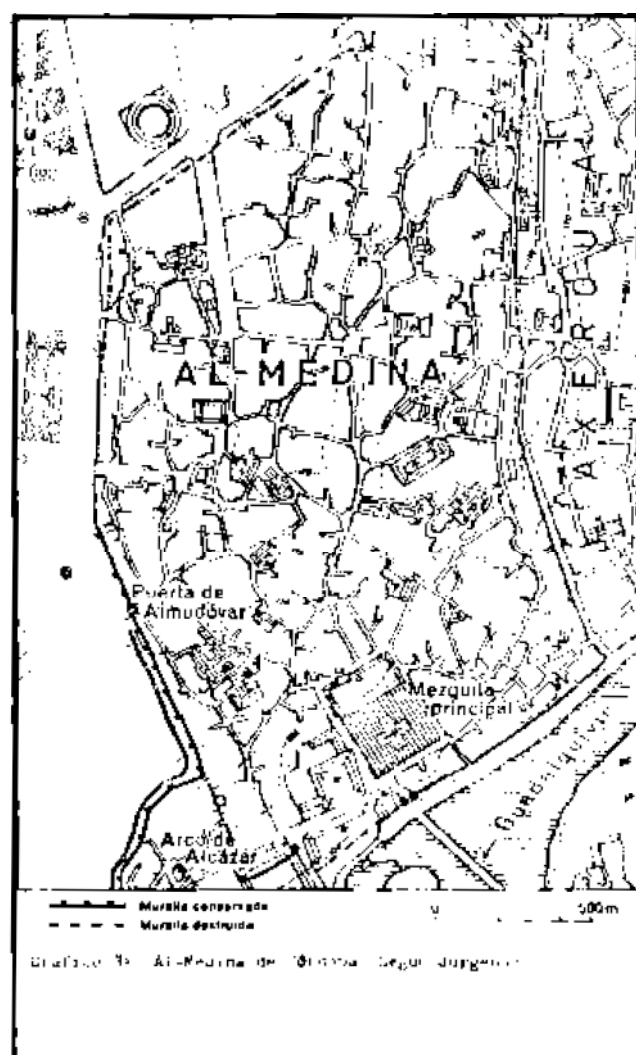
En efecto, aparecen muchos monumentos cristianos (iglesias) por toda la ciudad, y en el ángulo noroeste una gran avenida del siglo XIX (la del Gran Capitán) que modifican parcialmente la estructura islámica pero son constatables los elementos específicos del urbanismo musulmán: trazado laberíntico e intimista de las calles, anchura diferente e irregular de estas calles, plazas igualmente desiguales y nada regulares que contrastan con el trazado geométrico de las plazas en tantas otras concepciones urbanísticas, diseño también irregular de las manzanas tanto en cuanto a tamaño como en cuanto a diseño y, por último, alta densidad de callejas sin salida; azucagues en las que son tan pródigas las ciudades musulmanas. Sectores urbanos de trazado similar al de la Madina cordobesa no son raro en estas ciudades hispano-musulmanas, por lo que la herencia urbana de aquel período nos parece incontestable.

3 Por otra parte estas ciudades han recibido una herencia monumental, que aunque escasa al menos en lo que se refiere a conjuntos de valor singular no se puede olvidar. Destaca en ella la gran Mezquita de Córdoba, los Alcázares y Giralda de Sevilla y la Alhambra y Generalife de Granada. Estas tres ciudades a causa de estos monumentos islámicos, tan valorados por el exotismo romántico, engendran buena parte del aflujo viajero y literario del siglo XIX, de incalculables consecuencias para la promoción de España en Europa y en el mundo entero y siguen constituyendo hoy día una base fundamental para nuestro turismo de masas (LOPEZ ONTIVEROS, pp. 44-45).

4°. Hasta época muy reciente, antes de que se hubiese producido una exurbanización acelerada y crecimiento galopante de estas ciudades de origen musulmán, ha sido frecuente que buena parte de la infraestructura islámica de abastecimiento de aguas y alcantarillado subsistiera y funcionara más o menos adecuadamente.

5°. Por último, es difícil probar fehacientemente qué rasgos de comportamiento y psicología social se han heredado del pasado musulmán en nuestras grandes ciudades de entonces, pero es también arriesgado negar dicha influencia. Quizá el acendrado espíritu de barrio visible aún en estas ciudades y su genuina especificidad aún tan ponderada por visitantes de todas las épocas constituyan también parte de ese legado urbano, que en todo caso siempre se ha valorado como timbre de gloria, porque se tiene conciencia histórica de un esplendor que constituyó un firme acicate para superar las profundas crisis que afligieron con posterioridad a muchas de las ciudades hispanomusulmanas.

Córdoba, febrero de 1989.



BIBLIOGRAFIA CITADA

- BOSQUE MAUREL, J.: Geografía urbana de Granada. Zaragoza, C.S.I.C., 1956, la ciudad islámica pp. 58-81.
- CASTEJON, R.: "Córdoba Califal". Boletín de la Real Academia de Córdoba, no. 25, 1929, pp. 278 y ss.
- ESCRIBANO UCELAY, V.: "Urbanización de Córdoba medieval y actuales ideas sobre urbanismo" Boletín de la Real Academia de Córdoba, no. 83, 1962, pp. 147-160.
- GARCIA DE VALDEAVELLANO, L.: Historia de España. T.I. de los orígenes a la Baja Edad Media. Madrid, Tevista de Occidente, 3a. ed., 1963, pp. 514.
- GUTKIND, A.E.: "Urban Development in Southern Europe. Spain and Portugal". International History of City Development. Vol. III, New York, Macmillan Company, 1967, pp. 115-511.
- LEVI PROVENÇAL, E.: Histoire de l'Espagne Musulmane. T. III. Le siècle du Califat de Cordoue. Paris, Edition G.P. Maisonneuve et Cie. 1953, pp. 568.
- LOPEZ ONTIVEROS, A.: Evolución urbana de Córdoba y de los pueblos campineses. Córdoba, Excmo. Diputación Provincial de Córdoba, 2a. ed., 1981, pp. 235.
- LOPEZ ONTIVEROS, A.: "El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica". En GOMEZ MENDOZA, J. y ORTEGA CANTERO, N.: Viajeros y paisajes. Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 31-65.
- OCANA JIMENEZ, M.: "Las puertas de la medina de Córdoba". Al-Andalus, II], 1953, pp. 143-151.
- RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA, L. Ma.: Indicador cordobés o sea Manual Histórico-Topográfico de la ciudad de Córdoba. Córdoba, 4a ed., 1966, pp. 203.

- SANCHEZ MARTINEZ, M.: "Apogeo y Crisis del Estado Córdoba". En DOMINGUEZ ORTIZ, A. y OTROS: *Historia de Andalucía. I. De Tartessos al Islam (...-1031)*. Barcelona, Editorial Planeta, S.A., 1980, pp. 189-255.
- TORRES BALBAS, L.: *Ciudades Hispano-Musulmanas*. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, Instituto Hispano Árabe de Cultura, 1985 (1a ed., 1971), pp. 694.
- TORRES BALBAS, L.: "Estructura de las ciudades hispano-musulmanas: la mediana, los arrabales y los barrios". *Al-Andalus*, XVIII, 1953, pp. 149-177.
- VILA VALENTI, J.: *La Península Ibérica*. Barcelona, Editorial Ariel, 1978, pp. 421.